**Jueves XVIII del TO  
Ciclo C**

4 de agosto de 2022  
Jr 31 , 31-34  
Sal 50  
Mt 16,13-23  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

EI paso a la parte pagana del lago tenía por objeto salir del territorio judío. Para proponer a sus discípulos la cuestión de su identidad, Jesús los saca del territorio donde reina la concepción del Mesías davídico, es decir, el Mesías poderoso, liberador político del pueblo de Israel.

Por la respuesta que les dan sus discípulos a la primera pregunta que les formula sobre qué piensa la gente que es él, la gente asimila a Jesús a personajes conocidos del Antiguo Testamento. O bien es una reencarnación de Juan Bautista (como así lo creía Herodes) o Elías, cuyo retorno estaba anunciado por Malaquías y el Eclesiástico[[1]](#footnote-1). En todo caso, ven en Jesús una continuidad con el pasado, un enviado de Dios como los del Antiguo Testamento. En las variadas respuestas nadie piensa que Jesús sea un personaje excepcional desvinculado de la historia del pueblo de Israel. No captan su condición única ni su originalidad. No descubren en Jesús la novedad del Mesías ni comprenden, por tanto, su figura. El pensamiento del texto es probablemente éste: los hombres aciertan al tener a Jesús por un enviado de Dios, pero desconocen el carácter absolutamente decisivo de su misión.

Entonces formula la segunda pregunta (la misma) pero esta vez dirigida a los discípulos especialmente. Simón toma la iniciativa en la respuesta y se hace, espontáneamente, portavoz del grupo. Su respuesta es una perfecta profesión de fe cristiana: «*Tú eres el Mesías Hijo de Dios vivo*». A la respuesta de Simón responde Jesús con una bienaventuranza. Jesús declara dichoso a Simón por el don recibido. Es el Padre de Jesús quien revela a los hombres la verdadera identidad de éste, porque es el Padre quien revela el Hijo a la gente sencilla y el Hijo quien revela al Padre. Los discípulos han comprendido que el mesianismo de Jesús no necesita más señales para ser reconocido. La revelación del Padre no es, por tanto, un privilegio de Pedro; esta ofrecida a todos, pero solo los «*sencillo*s» están en disposición de recibirla. Esa es la clave.

Es curioso cómo Jesús le dice ahora a Simón algo muy parecido a lo que dijo anteriormente unos cuantos capítulos atrás[[2]](#footnote-2) al hablar del que escucha su Palabra y la pone en práctica; decía que ése era el hombre sensato que edifica su casa sobre una roca: ahora le habla de la Iglesia edificada sobre la Roca, sobre la Piedra que es Simón; que podrán venir lluvias y tempestades y ataque de elementos (ahora, los poderes del infierno), pero que no caerá.

Si en aquella ocasión Jesús hablaba del individuo que lo acepta personalmente, ahora está hablando de la comunidad, de la Iglesia. Nótese que quien construirá la nueva comunidad mesiánica, la Iglesia, (a partir de la muerte y resurrección de Jesús) será el mismo Jesús, no Pedro.

En el Antiguo Testamento la imagen de las «llaves» no alude al papel del portero, ni a la idea de un iniciador espiritual que comunica secretos de vida religiosa a sus adeptos, ni a prácticas mágicas, sino que «llaves» está asociado a autoridad, a un poder fundamentado sobre una enseñanza. Jesús promete a Pedro el ejercicio de la autoridad sobre el pueblo de Dios, autoridad de enseñanza, de confesor de la fe y, por lo mismo, poder de excluir o introducir a los hombres al reino[[3]](#footnote-3).

Después de esto Jesús les prohíbe divulgar que él es el Mesías, no la totalidad de lo que Pedro ha confesado, sino solo «*Mesías*». Esta expresión, el Mesías, aislada, daría pie al equívoco: la gente la interpretaría en el sentido corriente, del Mesías davídico nacionalista y violento[[4]](#footnote-4).

La pregunta anterior lanzada a los discípulos sobre su identidad era, en realidad, el preludio de lo que iba a venir a continuación: Jesús les manifiesta ***la necesidad*** («*tenía que ir a Jerusalén»*) de su destino final. Manifestar tiene el significado de revelar algo que estaba oculto, escondido, y que se hace patente. No se sabe exactamente cómo lo manifestó, pero se puede sobreentender que lo hizo apelando, tal vez, a textos de las Escrituras. Esta necesidad no se debe a la determinación individual o heroica de Jesús, ni a la oposición creciente de sus adversarios, aun cuando es real, ni a una ciega fatalidad, ni a la arbitrariedad impenetrable de una divinidad lejana, ni a las necesidades psicológicas o religiosas de los judíos o de los hombres en general, sino a un designio de Dios, ciertamente impenetrable para los no creyentes, pero que la fe podía descubrir, particularmente en ciertos textos del Antiguo Testamento. Los evangelios no hacen de esta necesidad un proceso que se desarrolla al margen de la historia, en un destino a todas luces excepcional. Al contrario, ***demuestran que Jesús debía terminar en la cruz***, que su destino, en las condiciones históricas y psicológicas dadas, fue natural. Pero quieren los evangelistas que comprendamos que en este «natural» descubramos el cumplimiento de los designios de Dios.

El que Jesús diga que todo eso sucederá «*a manos de los senadores* (los ancianos)*, sumos sacerdotes y letrados*», los tres grupos que forman el Gran Sanedrín de Jerusalén indica que sui destino tiene una significación oficial, incluso política. Jesús, pues, no murió en solitario, ni en el seno de un grupo de discípulos, ni en el desierto: murió a manos de los jefes del pueblo[[5]](#footnote-5).

Pedro es capaz de lo mejor y de lo no tan bueno, porque vuelve a la mentalidad anterior. Porque después, continúa el relato, de que Jesús haya anunciado su pasión trata de impedir sus intenciones de entregar la vida por la humanidad. Pedro está en completo desacuerdo con lo expuesto por Jesús. Ha expresado antes la fe autentica, es verdad, pero no acepta la praxis que se deriva de ella: entregar la vida, la cruz.

La intención de Mateo, al presentar esta situación tan grave que escapa mucho de ser un malentendido que pudiera disiparse rápidamente, es doble. Por un lado el evangelista quiere destacar la debilidad y el carácter ambiguo de la fe de Pedro demostrando que se puede ser confesor de Cristo (como antes había expresado) e, inmediatamente después, desconocer gravemente las consecuencias de esta confesión. En efecto, nunca se presenta en el Evangelio la fe en Cristo como algo definitivamente adquirido o estático, sino como una discusión viva y constante con la duda e incomprensión. Por otro lado, el evangelista ha intentado demostrar en la persona de Pedro, en el momento decisivo de su confesión, la gravedad de la tentación mesiánica judía, que rechaza la idea misma de la pasión. Comprender y hacer comprender ***la necesidad*** divina de la pasión, es decir, encuadrarla en una concepción global de la revelación, fue sin duda la tarea más ardua de la predicación cristiana del siglo I. Es como si este fuera el primer texto para la elaboración de la teología de la cruz, basada en la concepción de Jesús como siervo de Yahvé.

La respuesta de Jesús manifiesta el colmo de la indignación: «*¡vete, quítate de en medio, Satanás!*». Pedro, nada más y nada menos, encarna a Satanás, es decir, sus palabras concretan la tercera tentación del desierto. Pedro lo tienta a que sea un Mesías poderoso y vencedor. Jesús lo rechaza con el mismo imperativo con que rechazó a Satanás: «*¡vete!*»; la segunda parte: «*Quítate de en medio!*», se refiere a Pedro como obstáculo que impide su camino. Explica Jesús por qué Pedro es obstáculo: «*tu idea no es la de Dios, sino la de los hombres*». La soledad de Jesús es absoluta.

1. Cfr. Mal 3,23 y Eclo 48,10 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr 7, 24-25 [↑](#footnote-ref-2)
3. Pierre Bonnard, *Evangelio según San Mateo*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1976 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. Juan Mateos y Fernando Camacho. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981 [↑](#footnote-ref-4)
5. Pierre Bonnard, *Op.cit* [↑](#footnote-ref-5)